



INFANCIA Y JUVENTUD DE BERNAL DIAZ DEL CASTILLO

Carlos SAMAYOA CHINCHILLA

La vetusta ciudad de Medina del Campo se extiende sobre una dilatada y parda llanura, que en la provincia de Valladolid, es ejemplo típico del paisaje castellano: pinos, arenas, pelados alcores, rebaños de ovejas y humeantes caserones. . .

Señoreando los horizontes con sus cuatro torres, el castillo de La Mota, residencia bien amada de los reyes Católicos y prisión de César Borgia en 1515, derrama sobre Medina un hálito de conseja y aventura que alcanza, fino e impreciso, hasta los más altos picos de la sierra de los Gredos. En la plaza mayor de la población, como testigo de pretéritas actividades y grandezas, se alza aún, adusta y evocativa, la mansión en la que Pedro Dueñas, el pródigo tratante de que hablan los cronicones de la época, escandalizó a su majestad cesárea Carlos V con la ostentación oriental de sus riquezas.

Medina del Campo es peculiar por sus pétreas construcciones de grandes portales y torres almenadas que le dan aire medioeval; por su judería, y por su barrio moro que, a pesar de los silbatos de las locomotoras y las bocinas de los carros automóviles, se empeñan en seguir durmiendo y soñando como si ellos hubieran sido anestesiados por los siglos.

En esa ciudad tan española nació Bernal Díaz del Castillo, el famoso autor de la "Verdadera y Notable Relación del Descubrimiento y conquista de la Nueva España y Goathemala", en el año de 1492, según afirman algunos historiadores, aun cuando otros, basándose en una carta que Bernal dirigió a Felipe II, el 29 de enero de 1567, en la cual dice al monarca que él tiene en esa fecha 72 años de edad, sostienen que su llegada al mundo debió ocurrir en 1495. En otro escrito, el soldado historiador declara que abandonó su terruño en 1514, y si se acepta lo afirmado como cierto, resulta que Bernal tomó esa determinación, que tanto habría de influir en su vida, cuando apenas llegaba a los 19 años de su azarosa existencia.

¿Qué motivos impulsaron a Bernal Díaz a dejar el lugar de su nacimiento y en qué condiciones transeurrieron su primera y segunda infancia? Desgraciadamente es bien poco lo que se sabe respecto a esos particulares, porque el futuro cronista, que tan pródigo fue más tarde en el suministro de curiosos detalles, a la hora en que historió vidas ajenas, es muy parco en lo que se relaciona con su propia niñez y juventud.

Se tiene conocimiento de que su familia provenía de las montañas de Burgos, en las que, en la época del descubrimiento de América, aún se conservaba la casa solariega de los Díaz, en Hontonera del Valle de Toranza; que fue hijo legítimo de don Francisco Díaz del Castillo, quien durante varios años desempeñó el honorífico cargo de regidor del cabildo de Medina del Campo, y doña María Diez Rejón, dama de esclarecido abolengo. Consta, asimismo, en antiguos documentos, que los Díaz del Castillo siempre fueron fieles servidores de la corona española, sobre todo, de los reyes don Fernando y doña Isabel.

Gracias a una certificación expedida el 8 de marzo de 1625 por Jerónimo de Villa, rey de Armas de Felipe IV, se tiene noticia de que el blasón de la familia estaba constituido de la siguiente manera: "Formal de plata con puertas y ventanas de gules, que son colorados, y dos lebreles de plata, remendados de sable, que es negro, contramirándose atrallados a las aldabas de las puertas del castillo, con una trailla de oro. Los cuales lebreles traen los de este linaje en significación de la lealtad con que siempre han servido a sus reyes".

Y aquí, al investigar el pasado de esa ilustre familia, tropezamos con otra duda. ¿Cuáles fueron los apellidos que debió usar Bernal durante su trajinada y meritoria existencia? Sabido es que la adopción de los patronímicos españoles no obedecía a leyes fijas en los siglos XV y XVI, circunstancia que dio origen a numerosas controversias entre cronistas e historiadores, cuando éstos, al tratar de establecer las líneas genealógicas de ciertos personajes, se perdían entre los apellidos usados por sus antecesores. Tal es el caso, supongamos, de un hijo de Pedro Morejón de Lobera, que se firmó Joan de Morla y Saucedo, porque la madre del mismo se apellidó Morla, y algún pariente de su padre se firmó Saucedo.

El progenitor de Bernal — ya lo dijimos — llevó el apellido Díaz y la madre Diez. Bernal empleó los dos indistintamente, y lo mismo hicieron varios de sus descendientes, pero el cronista parece haber preferido el primero de ellos. Con él entró en la historia y con él lo seguiremos llamando.

De niño lo imaginamos entretenido en juegos con otros chicos de su edad, por las calles mal empedradas y desiertas de Medina del Campo o explorando riscos y montes de los alrededores. Más tarde, después de haber recibido una instrucción de letras, que debió ser bastante elemental, pues ella comprendía únicamente lo que en ese entonces se conocía con el nombre de "cartilla y péñola", lo vemos prestando ayuda a su padre, don Francisco, en los menesteres de su cargo o escuchando, a la vera del fogón, los sorprendentes relatos de aquellos que habiendo pasado y repasado las aguas del Mar Océano, volvían a sus lares con la imaginación perturbada por las entrevistas maravillas y riquezas del Nuevo Mundo.

Despierto de espíritu, sano y animoso, suelto de brazos y piernas, el joven oyó sin duda, embobado, hablar de los prodigios que encerraban las tierras recién descubiertas, y un día, entre esos luminosos días que la historia de la literatura escoge para la realización de sus más preciadas y originales obras, Bernal, que a esas horas era ya un predestinado, se despidió de sus deudos y de su tierra natal para embarcarse con rumbo a las lejanas Indias.

Animado por el buen éxito y el misterio que prevalecía después del tercer viaje del Gran Almirante, el rey de las Españas resolvió organizar una nueva expedición, marítima, al mando de Pedro Arias de Avila, capitán que se había distinguido con señalados méritos en las luchas contra los moros africanos. Alistarse bajo los pendones de Arias, no era fácil empresa, pues según escribe un cronista: "rescibió mucha gente noble

Pedrarias en la corte y cuando llegó a Sevilla halló 2.000 hombres nobles, tan bien dispuestos, lucidos y ataviados, que se le ofrecieron a ir con él, a su propia costa y sin sueldo alguno, que le hizo dolor no poder llevar tantos, y aunque tenía limitado el número de la gente del rey, que no pasasen de 1.200, no pudo estrecharse tanto que por ruegos, favores e importunidades, 1.500 no llevase”.

A pesar de esa manifiesta limitación, Bernal logró incorporarse al grupo, posiblemente ayudado por el buen nombre de que gozaba su padre en la Corte, llegando al cabo de fatigosa travesía, “unas veces con buen tiempo y otras con contrario”, a Nombre de Dios, en Castilla del Oro. Pero ese nombre no era de paz y prosperidad en las nuevas tierras, sino nombre de intriga, guerra y violencia, en playas del Nuevo Continente. La decepción que ahí sufrió el mozo debe haber sido muy honda, pero gracias a su buena índole, ella no fue definitiva.

Avido de realizar grandes hechos y de embriagarse con emociones extraordinarias, pero animado por un espíritu que no rechazaba la realidad, bien pronto se dio cuenta de que el oro, en esas remotas latitudes, era como en otros lugares del mundo, metal huraño y diabólico; que las perlas no se ganaban con sólo arrojar las redes a las aguas de los mares, y que las riquezas provenientes del laboreo de las tierras o de las minas no se lograban, igual que las encomiendas de indios, sino después de haber librado numerosos y despiadados combates con los hombres y con la Naturaleza.

El Nuevo Mundo era subyugante y original, de eso no cabía duda alguna, pero los aventureros de Europa, impulsados por la ambición, habían trocado los paisajes de égloga americana en campos de batalla y las poblaciones en ruinas, convirtiendo a sus desnudos y bárbaros defensores en prófugos o esclavos.

Después de las decepciones llegaron las incertidumbres, las enfermedades y las privaciones de todo género, pero los peores males provenían de los hombres. El joven Bernal, fue probablemente, uno de los seres más desilusionados por la muerte que, sin justificación conocida, dio Pedrarias a su yerno Vasco Núñez de Balboa, el descubridor del Océano Pacífico. Hartos de los desafueros que ocurrían en Nombre de Dios, varios hidalgos, soldados y “gente de categoría”, resolvieron solicitar permiso para trasladarse a la isla de Cuba, en la que Diego Velázquez, deudo de Bernal, acababa de ser nombrado gobernador.

Velázquez recibió a esos hombres con benevolencia, ofreciéndoles tierras y esclavos para trabajarlas, más los días, los meses y los años fueron pasando sin que las ofertas del gobernador se realizaran. ¿De qué medios o expedientes se valió Bernal para subsistir en Cuba durante tres años? Lo natural es que hubiera entrado al servicio de alguno de los señores de armas que rivalizaban entre sí por el dominio de la situación, pero, fuera del intento que hizo el joven para entablar un pequeño comercio con los habitantes de la Trinidad, en la región noroeste de la isla, ninguna noticia ha llegado hasta nosotros respecto a su existencia en esa época de prueba, rudo trabajo, o tal vez enfiebrada holganza.

Un buen día, impaciente de esperar, y sin duda convencido de que él no había llegado a las Indias para criar cerdos, gallinas o caballos, sembrar maíz y cazabe o jugar a los naipes, se unió a otros aventureros y entre todos lograron adquirir tres naves, embarcándose en ellas con rumbo a "algún lugar de la tierra firme".

Estamos en el año de 1517 o sea en el que se inicia la odisea del gran soldado-escritor con la terrible experiencia de Champotón, hecho de armas que salió al encuentro de los expedicionarios, al sólo tocar playas yucatecas. Rechazados por los naturales, maltrechos por el combate en la Costa de la Mala Pelca, como más tarde se llamó a ese paraje, volvieron proas y ánimos a la isla de Cuba y en ella permanecieron hasta el año siguiente, en el que lograron organizar otra excursión al mando de Joan de Grijalba. Esta vez, si los resultados no fueron tan satisfactorios como se esperaban, por lo menos los descubridores regresaron a su punto de partida con algunos tejuelos de oro que tentaron la codicia de Velázquez, induciéndolo a preparar una tercera armada que, después de enojosos y largos cabildeos, fue puesta en manos de Hernando de Cortés.

Por ese entonces ya la historia tenía preparadas varias páginas de su libro mayor, con el objeto de que hombres del temple de Cortés, los hermanos Alvarado, Cristóbal de Olid y Gonzalo de Sandoval, escribieran en sus alburas una de las epopeyas más trascendentales y gloriosas de la humana estirpe.

Incorporado a la hueste, Bernal los acompañó en la conquista de México y Guatemala, asistiendo a las batallas y a los consejos, sufriendo heridas, padeciendo hambre, sed, cansancios y dolores, pero siempre atento al paso de los lugares, a los encuentros de armas, a los nombres y a las fechas, para dejarlos asentados en su "Verdadera y Notable Relación de la Conquista", que más tarde habría de tener el encanto y la originalidad de una obra portentosa y al mismo tiempo de verídicas aventuras.

No seguiremos sus pasos en esa odisea. Otros, con mayor tiempo y facultades lo han hecho hasta dejarlo más allá de la vida y de la muerte, dialogando con los héroes, bajo las ramas de un bosque de encinas y laureles... No, no lo seguiremos porque la única intención que nos guió al escribir estas líneas, fue la de conjeturar qué cualidades y atributos humanos pueden haber distinguido al soldado-cronista en su infancia y juventud.

En lo físico, según su propia expresión, fue mancebo de "razonable cuerpo", y nosotros, deseosos de aproximarnos un tanto a su figura, agregamos: sano, ágil, activo, de ojos sagaces, frente despejada y aspecto tranquilo, pero con ese aire resuelto y varonil que caracteriza a los hombres nacidos en Castilla la Vieja. En lo espiritual y moral, por sus cualidades, que a pesar del rudo y apasionado medio en que le tocó actuar no perdió nunca, podemos llegar a ciertas conclusiones, relacionadas con su juventud, escogiendo al azar algunos pasajes de su propia narración. Bernal debe haber sido muchacho de nobles sentimientos,

sencillo, buen amigo, y valeroso en grado superlativo. Todo lo cual, sumado a su desinterés, espíritu de justicia y buen sentido cristiano, hicieron de él un varón ejemplar.

Su sentido humanitario está a la vista en la indignación con que protesta contra la esclavitud de los aborígenes y la bárbara costumbre de herrarlos cual si fueran bestias, llegando hasta darse de estocadas con un tal Diego de Godoy por esos ingratos motivos. Igualmente sacudido por la indignación, relata el suplicio y muerte que Cortés ordenó dar a Guatemuz y al señor de Tacuba, durante su famoso viaje por las selvas de El Petén. Sus palabras sobre ese acto, que siempre se le reprochará al conquistador de México, son valientes y sinceras: "Verdaderamente yo tuve gran lástima de Guatemuz y de su primo, por haberles conocido tan grandes señores y aún ellos me hacían honra en el camino en cosas que se ofrecían, especial darme algunos medios para traer yerba para mi caballo, e fué esta muerte que les dieron muy injustamente e pareció mal a todos los que íbamos..."

Díaz del Castillo es el único entre los conquistadores y cronistas del siglo XVI, que al referirse a los indios, no emplea expresiones como estas: Perros, infieles, o gente sin razón. El dice, al hablar de Moctezuma: "Y él era tan bueno y tan bien mirado, que a todos nos hacía mucha honra; que además de ser rey de esta Nueva España, su persona y condición lo merecía..." Frases que honran al mismo Bernal y lo definen ante la posteridad.

Espejo de la franca intención que animó su espíritu es la ruda gracia con que relata y pormenoriza sus hazañas, pudiendo afirmarse que el atractivo máximo de su obra está en la desnudez y veracidad de su lenguaje y no en la elegancia o en el deseo de agradar. Dice lo que sabe y sabe lo que dice, sin reparos ni vanos alardes, pues eso, probablemente, no era para su recia persona sino nonadas y chirinolas. ¿No es así, admirado Bernal?

La adhesión e hidalguía con que sirvió a don Hernando de Cortés, aun cuando a la hora de escoger jefe en Cuba para que capitaneara la expedición a México, él haya sido partidario de Grijalba, votando a su favor, está diciendo que el cronista era hombre que sabía lo que significaba la lealtad en el servicio de las armas. Esa lealtad a su opinión es muy significativa, pero más aún es el desinterés con que rehusó dones y comodidades para cumplir con la promesa hecha a Gonzalo de Sandoval, de acompañarlo siempre en los momentos de lucha, duda o peligro. Pobre, olvidado y decrépito, al recordar ese episodio y los bienes que Cortés le ofreciera, dice, con evidente pesar, pero sin el menor asomo de amargura, como cumple a caballero que se negó a aprovechar una oportunidad, con tal de no dejar de serlo: "Pluguiera a Dios que los tomara... y no los quise, por parecerme que si no iría en compañía de Sandoval, teniéndolo por amigo, que no hacía lo que convenía a la calidad de mi persona; y el Sandoval verdaderamente conoció mi voluntad y por hallarme con él en las guerras, si las hubiere en adelante..." Despego por los bienes mate-

riales de que también hizo gala cuando en el año de 1524, resolvió abandonar sus buenas tierras en Coatzacoalcos para seguir a Cortés en su viaje por el país de las Hibueras.

Su buena índole y masculinidad son evidentes por la entereza con que en sus últimos años aceptó la indigencia, postergación y mala fortuna, a pesar de haber asistido a 119 batallas, de las cuales salió herido con frecuencia; a pesar de que el rey desoyó sus requerimientos y de que los curiales casi llegaron hasta negarle sus derechos de “conquistador más antiguo”. ¿No son estos rasgos visibles indicios de los nobles principios con que allá en Medina del Campo se formó el carácter del mancebo? Su discreción y prudencia podrían servir de ejemplo a muchos que, ávidos de decir algo truculento o gracioso, no reparan en el daño que con su dicho pueden causar a un amigo o compañero.

A continuación ofrecemos dos pasajes que revelan claramente esas virtudes. El primero de ellos se refiere a la acusación que los contrarios del conquistador de México hicieron a Cortés sindicándolo de haber envenenado a su primera esposa Catalina Suárez, apellidada “la Mareaida”, poco tiempo después de su arribo a la Nueva España. Bernal, al relatar el episodio, dice: “Y en aquella ciudad hobo regoeijos y juego de cañas, y dende obra de tres meses que había llegado oimos decir que la hallaron muerta de asma una noche, y que habían tenido un banquete el día antes de la noche y una gran fiesta, y porque yo no sé más desto que he dicho no tocamos más en la tecla...” ¿No es esta la forma con que un caballero trata un asunto del cual no está completamente seguro?

El segundo pasaje se relaciona con la sonada refriega que tuvo lugar en Santa María de la Vitoria. Al relatarlo López de Gómara da a entender que los Santos Apóstoles acudieron en ayuda del ejército español, montados en sendos caballos. Negar esa aseveración era peligroso en aquellos tiempos de exaltada fe. Sin embargo, Bernal elude donosamente la especie declarando: “Y pudiera ser que lo que dice el Gómara fueran los gloriosos Apóstoles, Señor Santiago y Señor San Pedro, e yo, como pecador no fuere digno de ver. Lo que yo ví y conocí fué a Francisco de Morla en un caballo castaño, que venia juntamente con Cortés, que me parece que agora que lo estoy escribiendo se me representa en estos ojos pecadores toda la guerra según y de la manera que allí pasamos...” ¿Quién podría negar la sutil discreción con que el cronista-soldado desvirtúa, sin dañarse a sí mismo ni ofender a los crédulos, el ingenuo artificio de López de Gómara?

Hablar del arrojío de Bernal — como dice Eduardo Mayora en el prólogo de una edición de la obra del cronista patrocinada por la “Biblioteca Goathemala” en 1933 — es redundancia. Sin embargo, al aludir a esta cualidad del conquistador, no queremos olvidar la forma sencilla y franca con que reconoce haber sufrido miedo cuando presencié el sacrificio de 62 compañeros de armas, diciendo: “En aquella razón presumia de buen soldado y estaba tenido en aquella reputación, cosa esa que había de hacer lo que los más osados eran obligados”, y como en dos oportunidades corrió el riesgo de ser él también sacrificado, agrega: “Siempre desde

entonces temí la muerte más que nunca y esto he dicho, porque antes de entrar en las batallas se me ponía una como grima y tristeza en el corazón...”

Seguirlo por esta senda sería largo y tal vez tedioso para los amables lectores de estos apuntamientos. Por consiguiente, dejemos de seguir espigando en la obra de Bernal, animados por la confianza de que lo dicho basta para suponer, con razón, que el cronista fue desde su juventud un mozo dueño de cualidades que lo facultaron para ser más tarde un garrido soldado y un imparcial testigo de la epopeya española en suelo americano. No cabe duda de que tras ese niño inquieto y receptivo y tras ese joven prudente y esforzado, hubo una madre vigilante y un padre seguro de las cualidades y virtudes que entraña la noble herencia castellana.

Si Plutarco hubiera escrito sobre los varones que llevaron a cabo la conquista y colonización del Nuevo Mundo, hubiera tropezado probablemente con una dificultad: encontrar pareja adecuada y paralela para Bernal Díaz del Castillo, porque si en esa fantástica empresa hubo muchos que se hombrearon con él, en fe, valor y sobrehumana resistencia, este recio hombre no tiene par igual entre sus émulos en honradez de alma, amplitud de corazón, fidelidad y espíritu de servicio.

Por esas cualidades que lo distinguieron, y para honra de la humana especie, Bernal Díaz del Castillo fue grande con la pluma y con la espada.